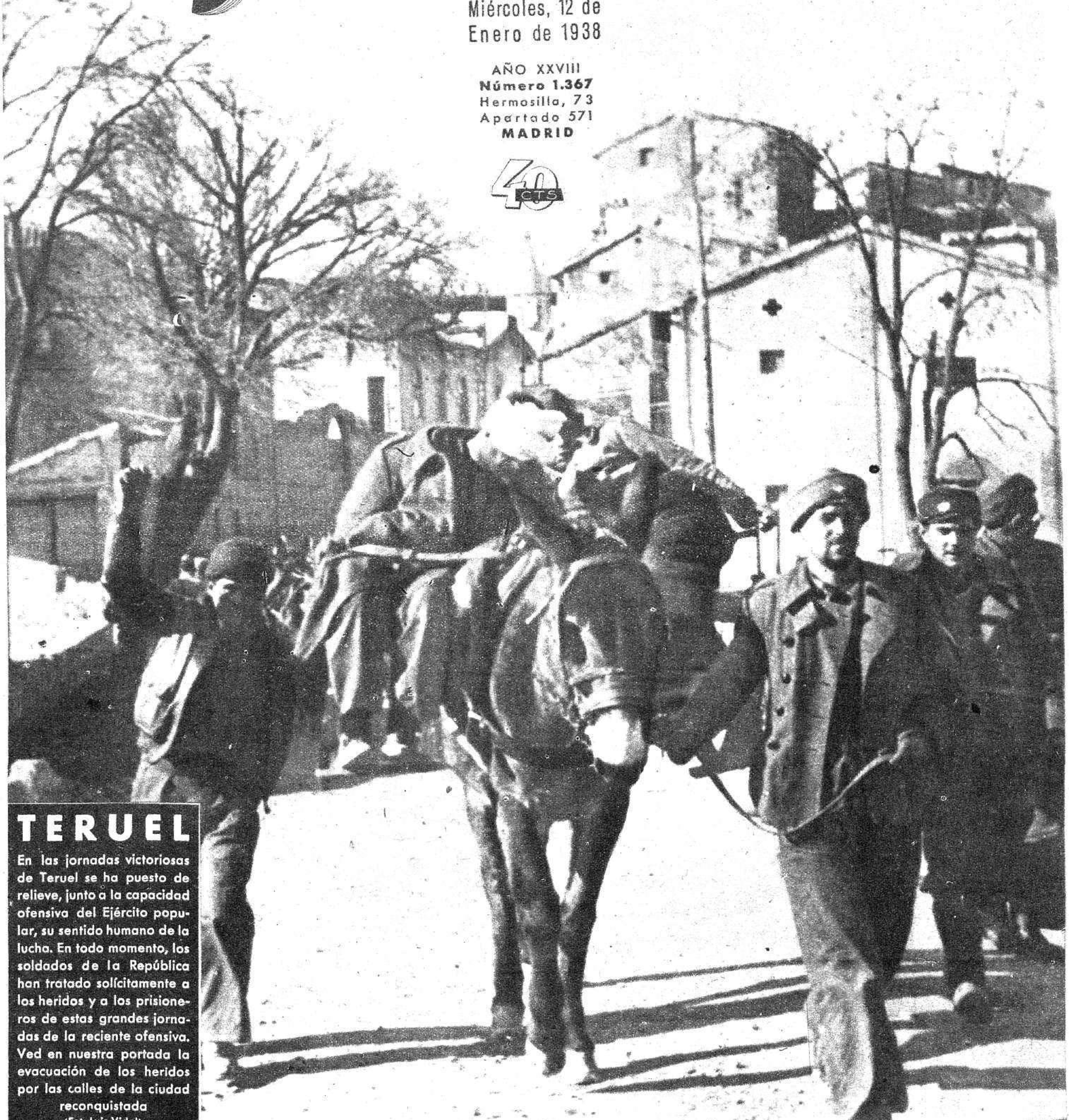
mundo gráfico

Miércoles, 12 de
Enero de 1938

AÑO XXVIII
Número 1.367
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID

40 CTS



TERUEL

En las jornadas victoriosas de Teruel se ha puesto de relieve, junto a la capacidad ofensiva del Ejército popular, su sentido humano de la lucha. En todo momento, los soldados de la República han tratado solícitamente a los heridos y a los prisioneros de estas grandes jornadas de la reciente ofensiva. Ved en nuestra portada la evacuación de los heridos por las calles de la ciudad reconquistada

(Fot. Luis Vidal)

Se ha creado en Madrid la Liga Nacional de Mutilados

Se ha constituído en Madrid una Liga Nacional de Mutilados de Guerra. Ex combatientes heridos, hombres a quienes la lucha dejó sobre el cuerpo la huella de su bárbaro zarpazo. Hombres triplemente unidos por la fe, por el esfuerzo y por la desgracia. Conocieron la vida de trincheras, el estruendo de las batallas, el coro terrible de los morteros, las ametralladoras y los cañones. Y un día cayeron heridos, como tantos otros camaradas. Pero mientras estos sanaban y podían coger de nuevo el fusil y volvían a su misma vida de antes, ellos, los que ahora se han agrupado en Madrid, no eran exactamente como fueron hasta entonces. Uno había perdido su pierna; otro, el brazo; aquél había quedado ciego... No podrían ya coger de nuevo el fusil. Su vida no habría de ser la misma de hasta entonces.

Caras rotas, miembros mutilados, trágicos destrozos, cicatrices imborrables... Los ex combatientes alzaban orgullosamente las huellas dramáticas que la guerra había dejado en ellos. Ahora, en Madrid, por la entusiasta voluntad y el espíritu organizador de algunos, se han constituído en una Agrupación, que cuenta con unos centenares y que irá aumentando su contingente a medida que se vaya conociendo la creación de la Liga.

Tiene, en primer término, esta organización un propósito de índole sentimental: la solidaridad entre los mutilados, el vínculo cordial que les una en la relación, ya que la desgracia les ha unido primero. La Liga, además, quiere que sus hombres, más allá del dolor físico, puedan continuar siendo útiles, prestando servicios a la lucha, trabajando en labores auxiliares de la retaguardia. Ha venido a coincidir este propósito con una reciente disposición oficial, por la que se atenderá en ese sentido a los que quedaron inválidos por la guerra. Nada más justo que los que así expusieron su vida hallen, en cierto aspecto, una recompensa a su dolor.

Muchos de esos mutilados se han reunido hace unos días, en una comida de primero de año, organizada por la Comisión de la Campaña de Invierno. Era de una total justicia este tributo a esos ex combatientes. La escena tenía una sobria, fuerte y auténtica emoción Era un trozo vivo y palpitante de realidad, un intenso aguafuerte de guerra. El hombre falto de una pierna ayudaba a partir el pan y a comer las viandas al muchacho falto de un brazo. Junto a un ciego—andar vacilante, mano que se adelanta al cuerpo, como en vanguardia de él—se ve un muchachote que difícilmente puede mover los pies.

Y entre unos y otros van surgiendo recuerdos de la guerra, visiones de aquellos días en que fué herido cada uno.

—Lo mío fué en la Sierra. No hizo falta siquiera amputarme el brazo que me falta. Se amputó él a sí mismo. Porque en cuanto el médico lo tocó se me marchó con el buen hombre, dejándome plantado.

Y ríe aún al evocar la terrible escena del brazo que casi se desprende solo.

—Yo caí en Brunete— habla otro ahora—. Un morterazo se me llevó esta media cara y este ojo que me faltan. Me han hecho este arreglo. No queda mal del todo, ¿verdad?

Entre el drama, el humo hace sus piruetas. Cuenta cada uno su caso. Sencillamente, naturalmente, sin énfasis ni vanidad. Cada uno, un pequeño episodio de guerra, convertido en hecho fundamental para las vidas de estos ex combatientes.

—Yo quisiera—dice Lorenzo Méndez, el secretario de la Liga—que todos los mutilados se unieran a nosotros, para que nuestra acción pudiera ser más extensa y más fecunda. Creo que todavía podemos ser útiles. Además, nuestra Liga puede ser el lazo de unión de cuantos, dispersos, hemos sufrido la misma desgracia en la guerra.

Estos son, y así hablan, los mutilados de la guerra. Cuando se les ve—rostros incompletos, miembros amputados, cicatrices intensas—, junto a ellos parece estar, insensible y presente al mismo tiempo, una sombra: la de los que junto a ellos cayeron para siempre y sólo son ya un nombre, un ejemplo y una emoción en el recuerdo.

He aquí algunos de los mutilados de guerra que asistieron a la comida de primero de año celebrada en su honor por la Comisión organizadora de la Campaña de Invierno

(Fots. Videa)

Reparto de juguetes a los niños de Madrid

Una de las madres que asistieron, con su chiquitín, a la fiesta del Monumental

A través del micrófono, una madre expresa su gratitud ante el ministro, en el Monumental

Dos detalles del público que asistió al reparto de juguetes celebrado la mañana del jueves último en el Monumental Cinema

↓ Una vista del Monumental durante el reparto de juguetes, que fué presidido por el ministro de Instrucción Pública

"Que ningún niño quede este año sin un juguete"

Más allá de estas nevadas calles madrileñas, en los campos blancos también, la lucha sigue, bajo un frío tremendo y un cielo inclemente. Martilleo bárbaro del cañón, horas heladas en los parapetos... La guerra, en fin, que en estas jornadas primeras del año adquiere sus tonos más dramáticos y vive bajo su signo más cruel. La guerra sobre la nieve y bajo el frío. Pero mientras más allá luchan los hombres, aquí, en el corazón de la ciudad blanca y silenciosa, los chiquillos viven, una vez más, su sueño eterno. Se han acostado con una visión de milagro en la frente y han despertado en la mañana del 6 de Enero con una nerviosa impaciencia que les cantaba en la boca y en el corazón. Allá lejos, en los frentes, los hombres están luchando. Y los niños, aquí, viven el gozo de su juguetería maravillosa, como en un alto y en un oasis de la guerra.

Juguetes, juguetes, juguetes... Que ni un solo chiquillo se quede, en esta hora de dolor, sin su juguete. Es la consigna del día. Y en este Hogar—efusión, sentido humano—en que la República Dominicana ha acogido a muchos hijos de combatientes, los juguetes tampoco han faltado. Una fiesta breve, sencilla y cordial, con ese tono justo, exacto, que la hace grata a los «chavales» como a los mayores. Sin discursos, sin solemnidad, sin etiqueta enfadosa. Los chicos—el *divo* de siete años, la tiplecita de seis...—han cantado, con una auténtica emoción ingenua, junto al árbol clásico de la Navidad, del que eran fruto los globos, los juguetes de colorines, las bolas metálicas y brillantes.

Después, las niñas y los niños—hijos de combatientes, hijos de refugiados en este Hogar generosamente abierto en Madrid por la República Dominicana a través de su representante en nuestro país—han tenido su juguete. El juguete que ellos habían deseado. Y han tenido otras chucherías colgadas allí, en el árbol con frutos de metal y colorines. Han estallado los globos, como taponazos de un champán infantil, y un coro estridente y desigual de cornetillas ha llenado las estancias.

Reían alborozadamente los «peques», y reía también con ellos—acariciando a éste, cogiendo en brazos al otro—el ministro de aquel país en España: este don César Tolentino de la palabra efusiva y del gesto sonriente, que está dando a su gestión entre nosotros, desde que la guerra empezó, un tan alto y hondo sentido humano.

—Y es que la diplomacia—dice el ministro cuando se le habla de este acento que él sabe dar a su labor—debe ser, en una hora así, esto: comprensión humana, sentido solidario y cordial, piedad sobre el dolor y el rencor de la guerra. Yo, en este aspecto, hago cuanto puedo. Y más quisiera hacer todavía.

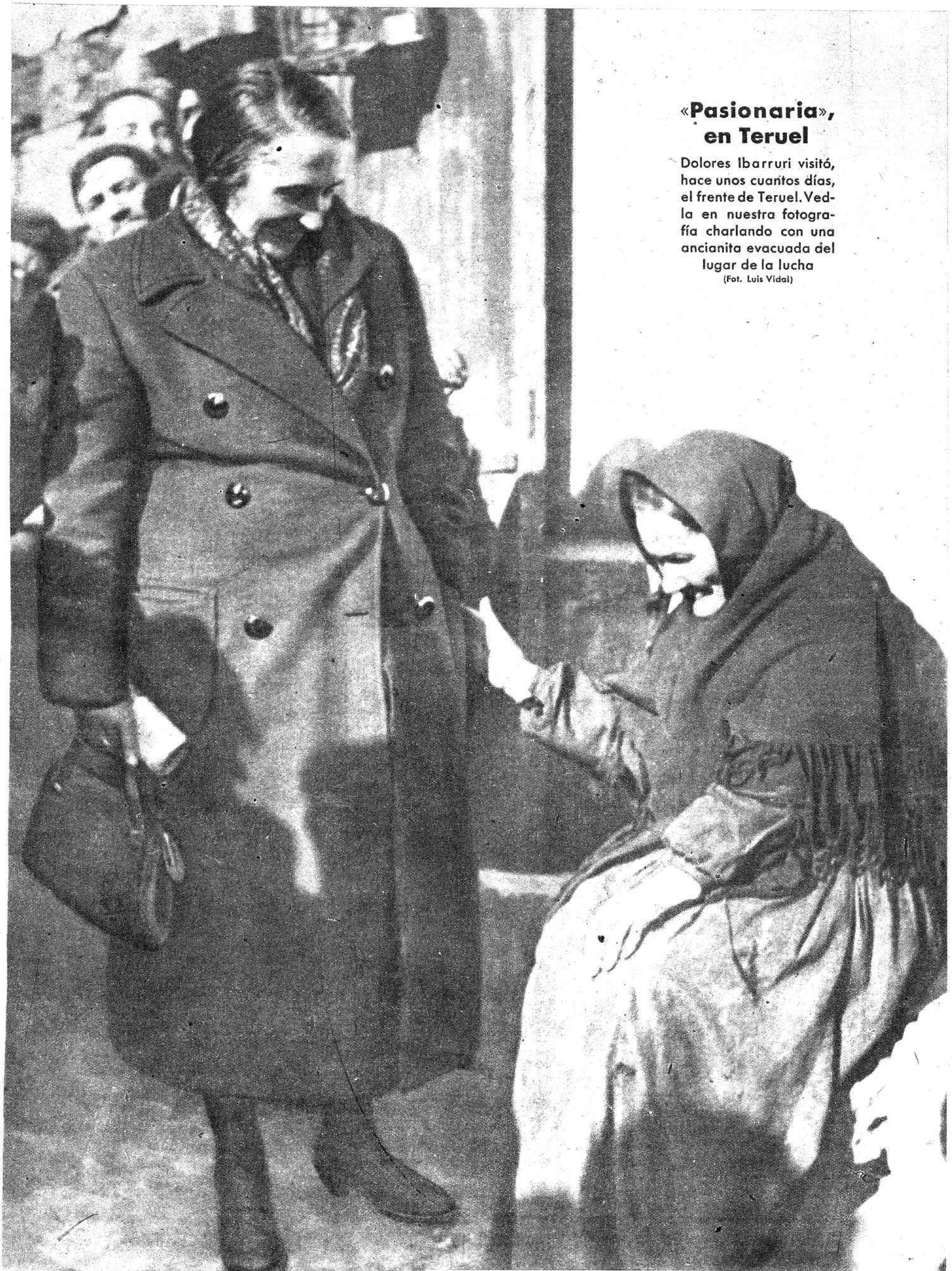
Mientras él habla así, en un rincón de la Legación la chiquillería infantil crece por instantes. Entre esos «peques» está uno que nació aquí mismo, en el Hogar de la República Dominicana para huérfanos y evacuados de la guerra. Su madre vivía aquí desde poco después del comienzo de la guerra, como otros muchos evacuados. Una noche, las bombas de la aviación sonaron muy cerca. Y el susto adelantó el nacimiento de este chiquitín, español y dominicano, al mismo tiempo, porque sus padres eran españoles, pero él había nacido en esta casa con carácter de extraterritorialidad. El propio presidente Trujillo, jefe del Estado dominicano, lo apadrinó, a través de su representante en Madrid. Y muy frecuentemente el chico recibe regalos y donativos que van a engrosar su caja de ahorros.

Juguetes y golosinas. La emoción de los juguetes bajo la guerra—la emoción sencilla de las cosas hondas—pasa por todos. Ríen los «chavales», mientras allá, en los frentes, bajo la nieve, los hombres luchan. Estallan en la Legación los últimos globos del gran árbol. Son como los taponazos de un champán infantil con el que los chiquillos brindan por el nuevo año, por España y por Santo Domingo.

GABRIEL ARACELI

Don César Tolentino, ministro de la República Dominicana en Madrid, con uno de los «peques» acogido en su Guardería, en la mañana del reparto de juguetes

El reparto de juguetes a los hijos de combatientes y de evacuados, en la Guardería Infantil creada en Madrid por el ministro de la República Dominicana (Fots. Videa)



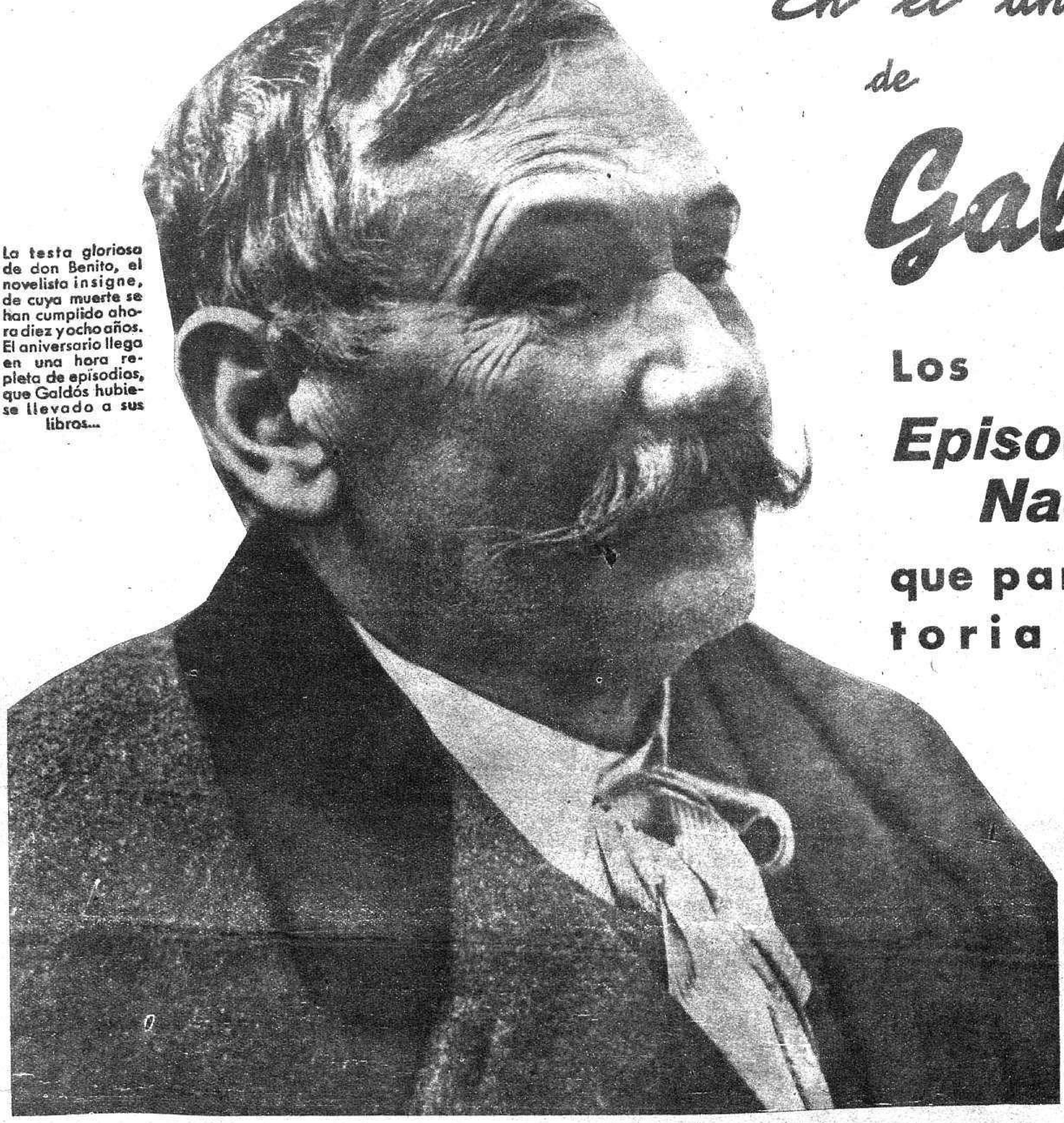
«Pasionaria», en Teruel

Dolores Ibarruri visitó, hace unos cuantos días, el frente de Teruel. Vedla en nuestra fotografía charlando con una ancianita evacuada del lugar de la lucha

(Fot. Luis Vidal)

En el aniversario de Galdós

Los *Episodios Nacionales* que parecen historia de hoy



La testa gloriosa de don Benito, el novelista insigne, de cuya muerte se han cumplido ahora diez y ocho años. El aniversario llega en una hora repleta de episodios, que Galdós hubiese llevado a sus libros...

El calendario de la guerra vuelve a imprimir sobre la hoja de un 4 de Enero la evocación de don Benito Pérez Galdós. Otra vez la imagen del escritor de los *Episodios Nacionales*, que se nos fué hace diez y ocho años, asomada a un día de *Episodio Nacional* que él ya no puede escribir. ***El cuartel de la Montaña, Brihuega, La lucha en Asturias*** y ***Teruel.*** A esta guerra le ha faltado Galdós. Y es este 4 de Enero cuando se le echa en falta. Porque Galdós, escribiendo ahora apresuradamente, emocionadamente, en la plaza del Torico, estaría muy bien.

El pueblo que recuerda a Galdós

Pero si al pueblo le falta Galdós, a Galdós no le falta el pueblo. Y ahí está, junto a él, en los tenderetes de libros que a lo largo de tantas calles dan a este Madrid en pie de guerra la fisonomía de una ciudad que lee. Y ante los escaparates de la librería...

—Nunca estuvieron tan buscadas las obras de Galdós como ahora—dice el librero—. Y son muchos los títulos que habrá que reeditar. En el incendio del edificio de sus editores, cuando los primeros bombardeos de la aviación sobre Madrid, se perdieron muchos ejemplares. Mientras tanto, el público, un público que hasta entonces apenas si frecuentaba las librerías, un público artesano y popular, acudía en busca de las novelas y de los *Episodios*, como si de obras recién aparecidas se tratase. Ni en los primeros días de venta de una obra costosamente anunciada ha tenido la librería tanto movimiento. Y es que la guerra, con su movilización del dinero, ha puesto al pueblo en condiciones económicas de leer. Y ya se ve que sólo las condiciones económicas alejaban al pueblo de la lectura.

El librero necesita consultar su documentación administrativa para precisar cifras.

—Hace ahora un año, en el aniversario pasado, vendimos solamente aquí ochocientos ejemplares de las novelas de don Benito. Y más de trescientos de los *Episodios*. De uno sólo, ***Zaragaza,*** ciento veintitrés. Ya entre las filas del ejército de Franco asomaban sus bocas las armas extranjeras, y la lucha revolucionaria se cambiaba en la conciencia de los defensores de la República por otra guerra de Independencia nacional. Así, parece que adquirían una expresión actual los *Episodios*.

Las obras de don Benito que prefiere el pueblo

De las novelas galdosianas es, según este librero, *Doña Perfecta* la que el público pide más. Y *La familia de León Roch*. De los *Episodios*, ***Gerona, Zaragoza, El dos de Mayo,*** los que por rehacer con un contorno más recio aquel ademán liberal frente al extranjero invasor pudiera parecer que copiaban el ademán liberal de hoy frente a estos otros invasores extranjeros.

—La mayoría de estos títulos están agotados. Y todavía nos llegan nuevas demandas de ellos. Es como si el pueblo echase de menos para esta gesta actual la pluma que supo inmortalizar aquellas gestas.

—¿Qué clase predomina entre los solicitantes de esos libros?

—Los combatientes, en su mayoría. Los muchachos que llegan de las trincheras a pasar unos dias, acaso solamente un día de descanso en Madrid. Y los trabajadores de la retaguardia, hombres viejos muchos de ellos, que hasta ahora quizá no pudieron adquirir un libro. O que hasta ahora no supieron leer.

El analfabeto que ya sabe leer a Galdós

De uno de estos hombres que han aprendido a leer ahora cuenta el librero su primera adquisición de un libro:

—Pidió, sin señalar el título, un libro de Galdós. Y como yo le dijera que me indicase, al menos, si prefería un *Episodio* o una novela, el hombre, confuso, vacilante, después de pensarlo un momento, confesó que apenas si distinguía de géneros literarios. «Estoy en el Ejército desde las primeras Milicias, a las que fuí sin saber leer. He aprendido entre un combate y otro. Y ahora ya leo de corrido. Periódicos y letra escrita, y algún libro. Pero no he comprado todavía ninguno. Este es el primero. Y quiero que sea de Galdós, porque de un libro de Galdós le he oído contar a un compañero una historia que es como si fuera la historia de todo lo que nos está pasando ahora aquí.» Le dí un ejemplar de los *Episodios*. Creo que fué ***El 7 de Julio.*** A las pocas semanas volvió el hombre a pedirme toda la colección. Y se dejó íntegro el sueldo de un mes en la librería.

José ROMERO CUESTA

Las fiestas de Rusia al cumplirse el primer aniversario de su Constitución

El día 5 del último Diciembre el pueblo ruso ha festejado con grandes fiestas el primer aniversario de la proclamación de la nueva Constitución soviética. Ved en la fotografía de arriba un grupo de estudiantes de una Sociedad de Teatro, en la velada organizada por la Universidad del Estado de Moscú. En la fotografía de abajo, dos trabajadores de una fábrica de reparaciones de vagones, de Moscú, durante la fiesta que se celebró en el Parque de Cultura y Reposo de Sokolnski

(Fots. Yubero y Benítez)

Anécdotas de la guerra, contadas por los soldados

Se acabó la "música"

Sé que el hecho no tiene nada de particular, porque estoy seguro que todos los días y en todos los frentes son muchos los compañeros que realizan hechos semejantes. Pero me piden los camaradas que lo relate tal como fué para la «Página del combatiente», y lo hago con mucho gusto.

Entre unos pinos, enfrente de nuestras trincheras y en un cerro no muy alto, los fascistas habían puesto un cañón bien *camouflado*, que todas las noches, a la misma hora, nos obsequiaba con una «tocata» más que regular.

Un compañero muy bromista, cansado ya de tanta «música», nos propuso a otros varios acabar de una vez con el concierto.

Aceptamos entusiasmados, nos preparamos con bombas de mano y, a favor de las sombras, nos deslizamos fuera de la trinchera. Ibamos siete avanzando en fila india y alargando el paso para no perder de vista al compañero que se había propuesto hacer enmudecer al cañón.

No sé si recelarían algo los fascistas, pues se oyeron varios disparos, que pasaron silbando por encima de nuestras cabezas. Un mismo movimiento nos impulsó a todos a tirarnos al suelo. Cuando se terminó el fuego, nos dimos cuenta de que nuestro compañero no estaba con nosotros.

Lo llamamos con voz tenue, y hasta miramos entre el rastrojo a ver si estaba herido. No sabiendo a qué atribuir su desaparición, y pensando que se hubiera vuelto a nuestras líneas, decidimos continuar la marcha.

Arrastrándonos, logramos llegar al montecillo, y nos dispersamos, para tomar por asalto el aislado parapeto.

De pronto, uno de los compañeros, sin darse cuenta, pasó por encima de unas ramas secas, y una de éstas se rompió con un crujido que, en el silencio de la noche, sonó como un disparo.

Creímos que nos habían descubierto, y esperábamos que al tiro siguiera el tableteo de la ametralladora, cuando una voz clara y fuerte, la del camarada desaparecido, salió de entre unas matas cercanas, diciendo:

—¡Compañeros, no tiréis, que ya los tenemos! ¡Venid pronto!

Nos precipitamos corriendo en el parapeto contrario, y vimos a nuestro camarada apuntando con el fusil a dos soldados italianos, a los que había sorprendido durmiendo, mientras el que hacía la guardia yacía también en el suelo, dormido; pero de un formidable culatazo.

Nos apoderamos del cerrojo del cañón enemigo, y, apuntando con los fusiles a los prisioneros, les hicimos andar hacia nuestras líneas.

Cuando íbamos por la mitad del camino oímos una explosión tremenda. Se había producido al reventar el cañón enemigo, en cuya boca nuestro compañero había dejado unos cartuchos de dinamita para acabar con la «música» que todas las noches se empeñaba en interrumpir nuestro descanso.—MANUEL LAFAJA.»

¡Date preso!

«Eramos todavía una tropa de milicianos, y andábamos de patrulla por unos pueblecillos de la provincia de Córdoba. Ni que decir tiene que nuestra instrucción militar era bastante rudimentaria; pero se suplía con coraje y buena voluntad.

Teníamos el encargo de recoger víveres (carne, sobre todo) para nuestro batallón, que estaba acampado no lejos del frente, y con ese objeto salimos unos cuantos compañeros. Llevábamos un carro con dos mulas, y para evitar cualquier sorpresa mandamos en descubierta a tres compañeros. Uno de ellos hacía de gastador, e iba delante unos metros, con la consigna de dar el alto a todo bicho viviente que encontrara a su paso.

Iba el camarada por el borde del caminejo, y era ya noche muy cerrada cuando de pronto vió a pocos pasos de sí un bulto negro, que parecía extender hacia él los brazos. Rápido como el pensamiento, se echó el fusil a la cara y le dió el «¿Quién vive?» con voz estentórea.

La oímos los demás, y corrimos a auxiliarle. Le encontramos apuntando a las sombras y repitiendo con gran energía:

—¡Date preso!

Uno de nosotros rompió entonces en una carcajada, y dijo:

—Pero, hombre, ¡que le estás apuntando a un árbol! ¿Cómo va a contestarte?

—¿Un árbol?—interrogó, trémulo, el «gastador»—. ¿Estás seguro?

—¡Ya lo creo!—dijo el otro, que se había acercado—. Y para más señas, te diré que es un cerezo.

—Pues entonces—murmuró sin saber lo que decía, aún impresionado por la sorpresa, el camarada—, ahora verás.

Y con voz ronca y conminante ordenó:

—¡Cerezo, date preso!

Y ya para siempre se quedó con el mote de *¡Date preso!* aquel buen camarada, que, a pesar de su momento de alucinación y debilidad de aquella noche, supo luego ser un buen soldado y murió batiéndose como un bravo en el sector de Pozoblanco.—DAVID COBO.»

"Seré capitán"

«Estaba yo hospitalizado, y a la cama de mi derecha trajeron a un camarada sargento, a quien acababan de amputarle una pierna por la rodilla.

Al día siguiente, cuando ya se le habían pasado los efectos de la anestesia, hablábamos de cama a cama. Como es natural, yo le pregunté qué tal se sentía, y él me contestó:

—Me encuentro muy bien. Después de la cura me he mejorado mucho. Yo creo que esto será cuestión de poco. Si no fuera porque el pie herido me duele mucho, me atrevería a levantarme.

Sabido es que a los amputados, durante varios días, por un efecto de sugestión, creen que les duele todavía el miembro que ya no tienen. Mi sargento ignoraba que le habían cortado la pierna, y hablaba entregado a sus ilusiones, diciendo:

—Después de todo, ha sido un tiro de suerte. Las heridas de pecho o de cabeza son peores. Ahora me ascenderán a teniente, y a poco que yo ponga de mi parte, me saldré con la mía: terminaré la guerra de capitán. Cuando me enrolé le dije a mi novia que no volvería ni con un día de permiso al pueblo mientras no fuera capitán y pudiéramos casarnos. Como ves, ya me queda menos camino. En cuanto recobre las fuerzas en esta pierna operada, ya estoy otra vez en danza. ¡Y que llego a capitán, es viejo!

Nada me ha impresionado tanto como oír el entusiasmo, las esperanzas de aquel pobre camarada que, ignorante de su desgracia, imaginaba un porvenir dichoso cuando recuperara las fuerzas en aquella pierna que no tenía. Pocas veces me ha costado tanto trabajo no llorar de emoción.—ABELARDO ROCA RAMÍREZ.»

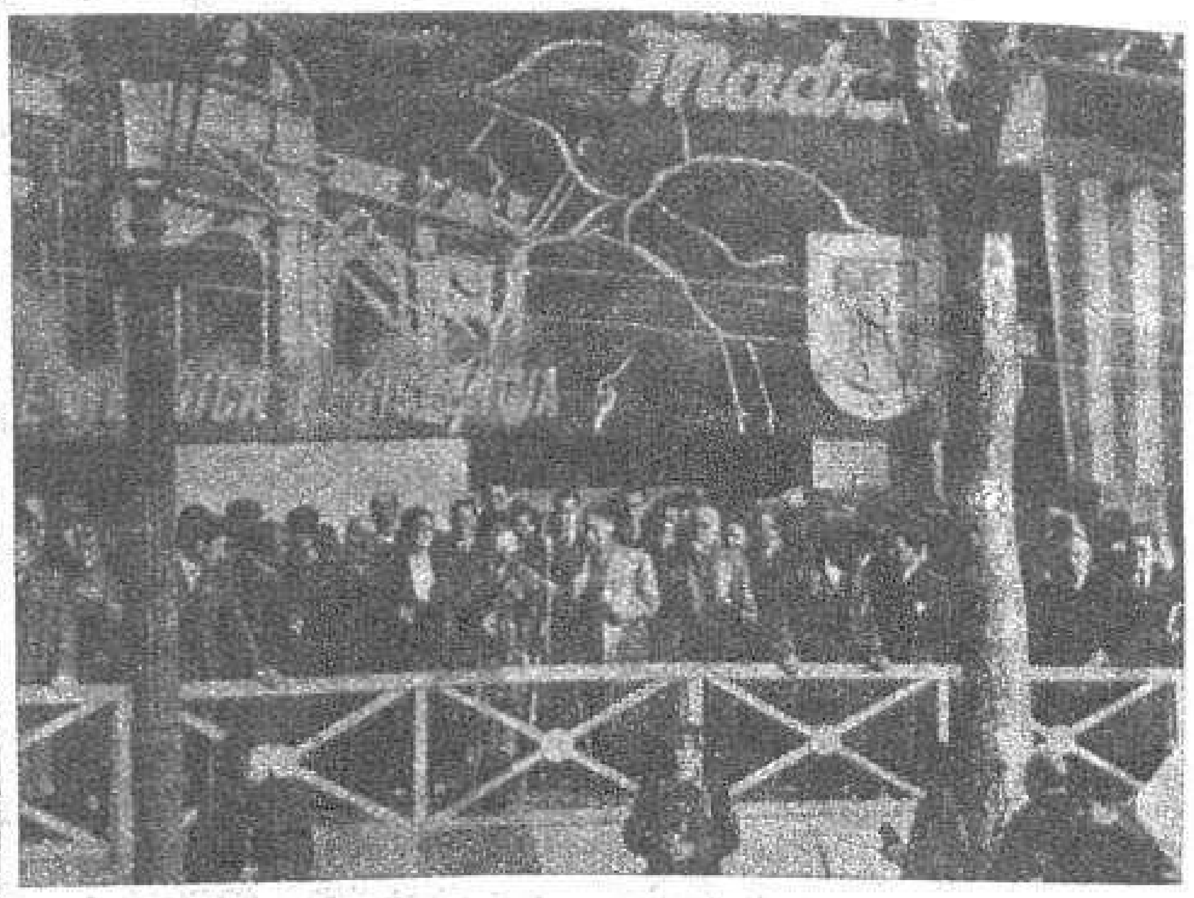
¿Qué has visto, soldado del pueblo? ¿Qué suceso de la guerra que haces te ha impresionado más? Cuéntanoslo para nuestro público. No se te piden sutilezas de expresión ni primores literarios. Cuéntanoslo como tú sepas, como tú hablas, como tú escribes a tu madre, a tu novia o a tu hermano, que de nuestra cuenta corre el disimular cualquier posible incorrección retórica. Nada de literatura, a ser posible, y, desde luego, nada de política de partido. Sencillamente. Y brevemente también. Que el papel, como a todos, no nos sobra, y no podemos dedicar a nada mucho espacio. Advertencia importante: nos interesa la anécdota, el hecho, y no el sitio, que no debe darse a la publicidad, para evitar posibles imprudencias. Semanalmente MUNDO GRÁFICO *recogerá los motivos destacados de esos relatos de los combatientes.*

Una manifestación en Barcelona

M. León Jouhaux hablando en Barcelona ante la manifestación organizada con motivo de las operaciones sobre Teruel

El presidente de la Generalidad, señor Companys, dirige también la palabra a los manifestantes (Fots. Merletti)

Durante la manifestación, el presidente Companys es objeto de calurosas pruebas de afecto



Arriba: La tribuna de las autoridades, ante la que desfiló una entusiástica manifestación con motivo de la ocupación de Teruel.—Abajo: La manifestación a su llegada a la plaza de Cataluña (Fots. Torrents

Mademoiselle DOCTOR

La vida y las aventuras de una espía extraordinaria

III

Ana María Lesser ante su destino

La confesión

ANA María Lesser no se encuentra bien: nervios, soledad, fatiga. A su lado, junto al lecho, el capitán Carlos de Winanky la mira amorosamente. En su ánimo se libra la batalla de no saber si confesar o no a su amante la verdad de su nuevo trabajo. Quizá—piensa—hacer compartir a Ana María su nueva vida intensa y arriesgada sea para ella un estímulo, un acicate, un modo de matar el hastío y la soledad. Y así, Winanky decide confesar a la muchacha la verdad de sus tareas de ahora.

Pocos días más tarde, Matthesius da al agente el encargo de recorrer la zona del Mosela, desde Sorcy a Dinant, en dirección contraria a la corriente del río, para conocer determinados emplazamientos.

Winanky, para realizar este servicio, se lleva consigo a Ana María. Ella ignora aún la verdadera profesión actual del capitán. Quiere él decírsela; pero vacila aún, tiene miedo, teme que la confesión equivalga a la pérdida de la muchacha.

En Estrasburgo, vencida, finalmente, por el capitán esta lucha interior, habla a Ana María.

—Quisiera decirte algo, Ana María. Algo que tú no puedes imaginar y que me está atormentando el ánimo todos estos días.

La mujer escucha, espantada, la confesión. Llora y llora, viendo imaginativamente toda la cadena de peligros que desde ahora acechaba al hombre amado. Logra serenarse, por fin. Al cabo de unos días, pasada la crisis, está ya totalmente tranquila. Ha aceptado, animosa y firme, su destino.

—Ya estoy tranquila—dice—. Ya verás cómo tenemos suerte.

La tarea común

Continúan el viaje. Remontan el curso del Mosela. Ocho días más tarde está realizado el servicio. Matthesius tiene ya croquis muy preciosos del emplazamiento de los nuevos fuertes del Mosela y de otros datos militares que en ningún mapa constaban hasta entonces.

Después, otro servicio. Han de ir a Francia y hacer ciertas averiguaciones en la zona de Verdún. Ana María conoce perfectamente el francés, y esto le sirve muy bien para su labor. Habla con todo el mundo: campesinos, carreros, empleados de las estaciones del ferrocarril. Es alegre y locuaz, sencilla y expansiva. Se hace en seguida con el corazón de las gentes y obtiene cuantos datos e informes desea averiguar. Con alegría y con dolor al mismo tiempo, Winanky ha descubierto que Ana María puede ser una espía extraordinaria.

El lleva un pasaporte suizo. Va, además, con una cartera repleta de libros y plantas. Dice ser un naturalista, al que acompaña en sus excursiones por el campo su mujer, que es, a la vez, su discípula. Más tarde, solos ya en su cuarto de las fondas, trazan febrilmente signos y dibujos, que ella oculta después, cosiéndolos con todo cuidado, en el forro de la chaqueta del capitán.

El peligro acecha

Una noche, en la posada de un tranquilo pueblecillo, Ana María se despierta sobresaltadamente. Ha oído un ruido extraño, como de alguien que estuviese rondando la casa.

Se incorpora en el lecho, aguzando el oído. Despierta a su amante.

—¡Carlos, Carlos! Me parece que estamos descubiertos.

Se levanta sigilosamente. Sin encender la luz, mira por la ventana con el aliento contenido. Alguien, en efecto, que hubiese estado espiando, se movía allá abajo, entre las sombras.

Apenas amanece abandonan el lugar. Permanecer más en él hubiera sido imprudencia. Toman un coche en dirección a Charleville, desde donde seguirán, por tren, a Colonia, cumplida ya la misión que les había tenido en Francia.

Llegan ante la estación, y penetran en ella. Ana María se fija en un hombre vestido correctamente, con una cintita roja en el ojal. ¿Dónde ha visto ella a aquel hombre antes de ahora? Ahora recuerda: sí. Aquel rostro es el mismo de un individuo al que ella vió hace unos días; pero vestido entonces de guarda forestal. También, con traza de aldeano, lo vió en la cocina de la posada, charlando con otros campesinos.

Están perdidos. Ana María aprieta nerviosamente el brazo a Winanky. Este ve la extraordinaria palidez de la muchacha. Ha comprendido, y en los dos sólo hay un único y tiránico pensamiento: la huída.

Una muchacha decidida

Pero no es fácil la huída. Po[...] mbre de la cinta roja en el ojal no está solo: cuatro mocetones, con garrotas [...] están con él, como escuchando sus órdenes. Son agentes disfrazados.

Una gruesa columna oculta de los policías a Ana [...] en la sala que sirve de paso al andén. Los agentes se reparten. El de la [...] s dos penetran en el andén. La otra pareja se sitúa a la puerta de la [...]

La situación es peligrosa. Una sola vacilación pued[...]. Tranquilamente, decididamente, Ana María, seguida de Carlos, retrocede [...] erta de la estación. Se acerca a los dos agentes disfrazados de campesinos, [...] uno de ellos, cogiéndole por la solapa:

—Pronto. Sin perder un momento. Ayúdenme uste[...] engan hacia el andén. Soy del Servicio Secreto, y vengo a ayudarles en la cap[...] de la espía y del sujeto que la acompaña. Pero prevénganse, porque ellos van armados.

Los dos agentes se disponen a entrar en la estación apresuradamente. Miran con una expresión de gratitud a aquella mujer que tan bien sabe trabajar por Francia.

—Muchas gracias, señorita.

Y van hacia el andén. Entretanto, Ana María y su acompañante salen de la estación y montan rápidamente en un coche que hay a la puerta.

—Llévenos usted a dar un paseo por el campo.

El coche avanza rápidamente. Ana María y el capitán van en silencio. Ella vuelve la cabeza y mira hacia el camino que va quedando a su espalda. Nadie les ha seguido. Una sonrisa apunta en la expresión de Ana María Lesser.

El dolor imprevisto

Llegan en el coche hasta el pueblecillo más próximo. Abandonan el vehículo, y caminan un rato a pie. Después toman otro coche, que les lleva a una nueva aldea. Ya están empezando a circular por las Alcaldías los partes de urgencia interesando la detención de una pareja cuyas señas dan.

Dejan el coche y alquilan un automóvil, en el que logran pasar la frontera belga. En un pueblo suben al expreso de Colonia. Ya cruzan la frontera alemana. Ya están, definitivamente, en salvo.

A la mañana siguiente, Winanky se siente enfermo. Su rostro está desencajado. Cada movimiento es para él un dolor. Al llegar a Colonia descienden del tren. El capitán anda fatigosamente, tras esfuerzos angustiosos.

Ana María le mira con una infinita tristeza en los ojos. Ve que aquel hombre se agota por instantes. Están allí, ayudándole a sostenerse en pie, algunos empleados de la estación. También un médico.

—No puedo más. Me muero, Ana María, me muero.

En el próximo número: **IV.—EL DOLOR**

Conductas y pareceres

"Buen trato a la clientela"

Algún café madrileño de típico abolengo anuncia en los periódicos sus servicios, y añade en el reclamo esta coletilla: «Buen trato a la clientela».

No quiere decirse, claro está, que ese café sea único como excepción, ni que, por consecuencia, en los demás establecimientos públicos se dispense a la clientela un trato desdeñoso y descortés. No. Sería injusto generalizar. Pero es discreto apuntar la conveniencia de que, aun sin anunciarla, se intensificara cada vez más la práctica de la atención, de la cortesía que deben regir las relaciones entre los comerciantes y la clientela que fomenta su prosperidad.

No se pide, naturalmente, que vuelvan aquellos tiempos del señoritismo ominoso y despótico, en que el dependiente de un establecimiento público estaba obligado a soportar todas las impertinencias, porque el cliente, el que pagaba, tenía siempre razón para el patrono, que a la menor queja amenazaba con dejar sin pan al trabajador.

Tampoco se pide, ni mucho menos, que retorne aquella costumbre incivil que hacía al cliente autoritario tutear despectivamente y mandar con altanería de amo al camarero, al mecánico y a cuantos desempeñaban pequeños oficios domésticos o públicos.

Pero tampoco debe pasar sin corregir cierta relajación de los buenos modos corteses, de las buenas formas civilizadas que practican ahora los que, en su ignorancia, confunden los lazos recíprocos de fraternidad que deben existir entre los que defienden una misma causa y la chabacanería algarera y la campechanía agresiva.

En síntesis: que la guerra, por muy profunda que sea la revolución ideológica, política y social que entrañe, no tiene nada que ver, ni justifica en ningún modo la falta de educación.

Y a este respecto, sí se encuentra bastante que corregir, y todos debemos coadyuvar a que el propósito de enmienda se cumpla.

Hay quien cree ingenuamente cumplir un postulado revolucionario siendo brusco en sus maneras, tuteando a ancianos y mujeres desconocidas, permaneciendo cubierto en la sala de un teatro o alborotando en un café.

Como también hay quien cree que la nueva organización de los negocios comerciales autoriza a tratar desdeñosamente al público.

Antes, el vendedor insistía hasta la terquedad en colocar su mercancía. Hoy es frecuente oír, a la menor queja por la carestía o la calidad, estas palabras:

—Pues si no le conviene, lo deja. Otro se lo llevará en seguida.

Todos los habitantes de Madrid recordamos las voces tradicionales de los cobradores de tranvías en ciertas paradas que pudiéramos llamar estratégicas: «¡Antón Martín! ¡Cibeles! ¡Colón!. ¡Bilbao!», con lo que avisaban y daban una referencia al viajero distraído o ignorante. ¿Por qué ha desaparecido esa costumbre cortés, ahora, que sería más útil que nunca, sobre todo apenas anochece y las calles a obscuras dificultan toda visibilidad a los viajeros, por los que son muchos, especialmente mujeres, las que se pasan de su punto de destino? Lo que se hacía antes por mandato de una Empresa, bien puede hacerse ahora, como prueba de solidaridad, de cortés ayuda a una población civil de conducta ejemplar.

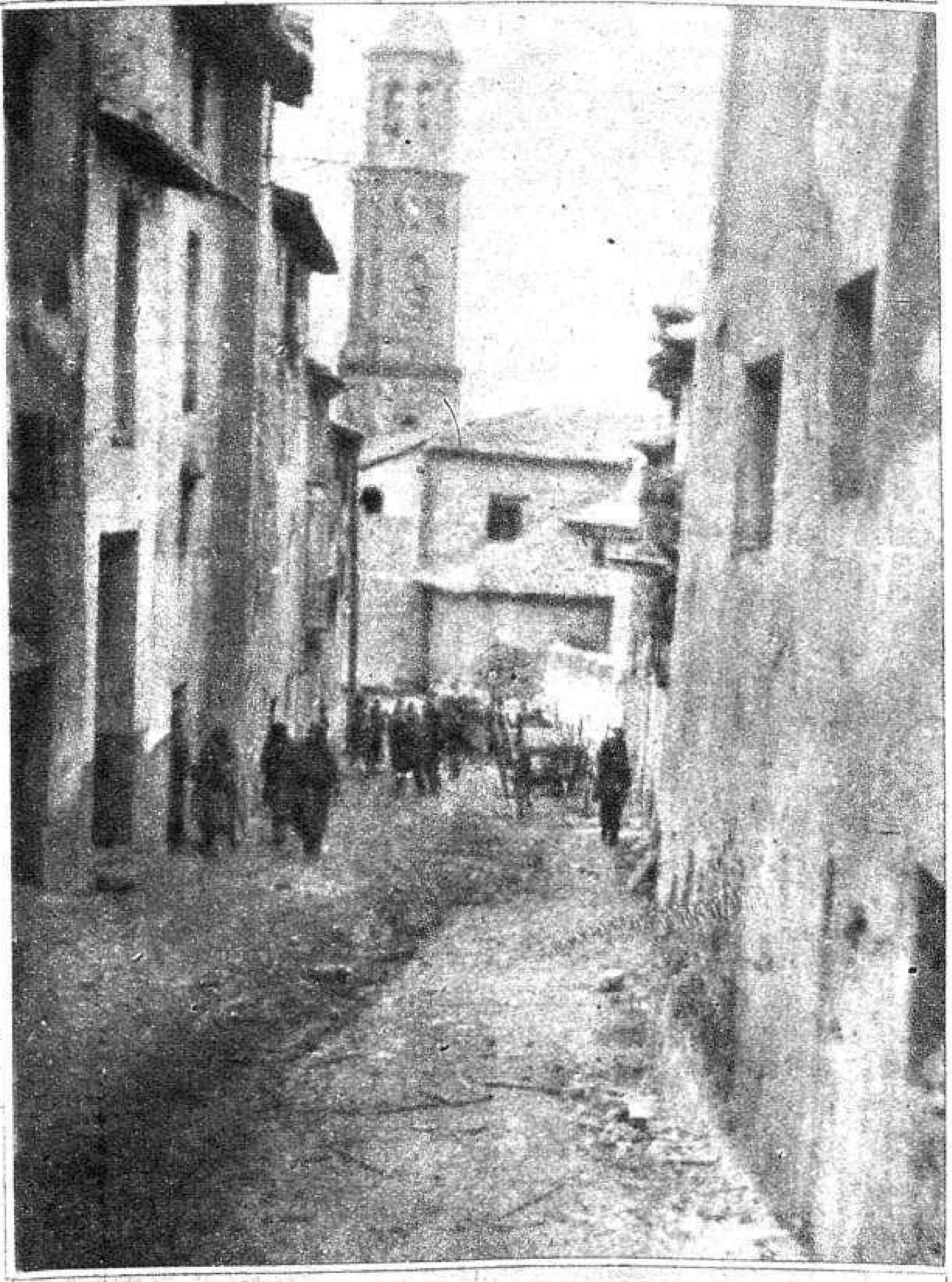
Mucha gloria nos da el heroísmo popular en los campos de batalla. Pero no es menor, ni menos brillante, la gloria que obtienen en ese mismo Ejército los comisarios, los maestros, los milicianos de la Cultura, que han redimido del analfabetismo a millares de hombres.

Los más sólidos y fecundos jalones de ese porvenir que se han plantado hasta ahora son los centenares de nuevas escuelas fundadas, la capacitación de las mujeres, la protección y el desvelo por los niños, las leyes que abren las puertas de las Universidades, el acceso a la cultura superior a las clases populares.

Esa línea que la República sigue desde las esferas del Poder nos obliga a todos en la vida de relación. Nuestra guerra, que es heroísmo civil, significa también aspiración de cultura, es decir, educación, que equivale a comprensión y respeto. Con ello se puede, y se debe, hacer todo, incluso una revolución. Y justicia. El buen alcalde castellano de Zalamea al malvado que había ofendido a una mujer lo mandaba prender, juzgar y sentenciar «con todo respeto». Y también, «con muchísimo respeto», lo hacía ahorcar.

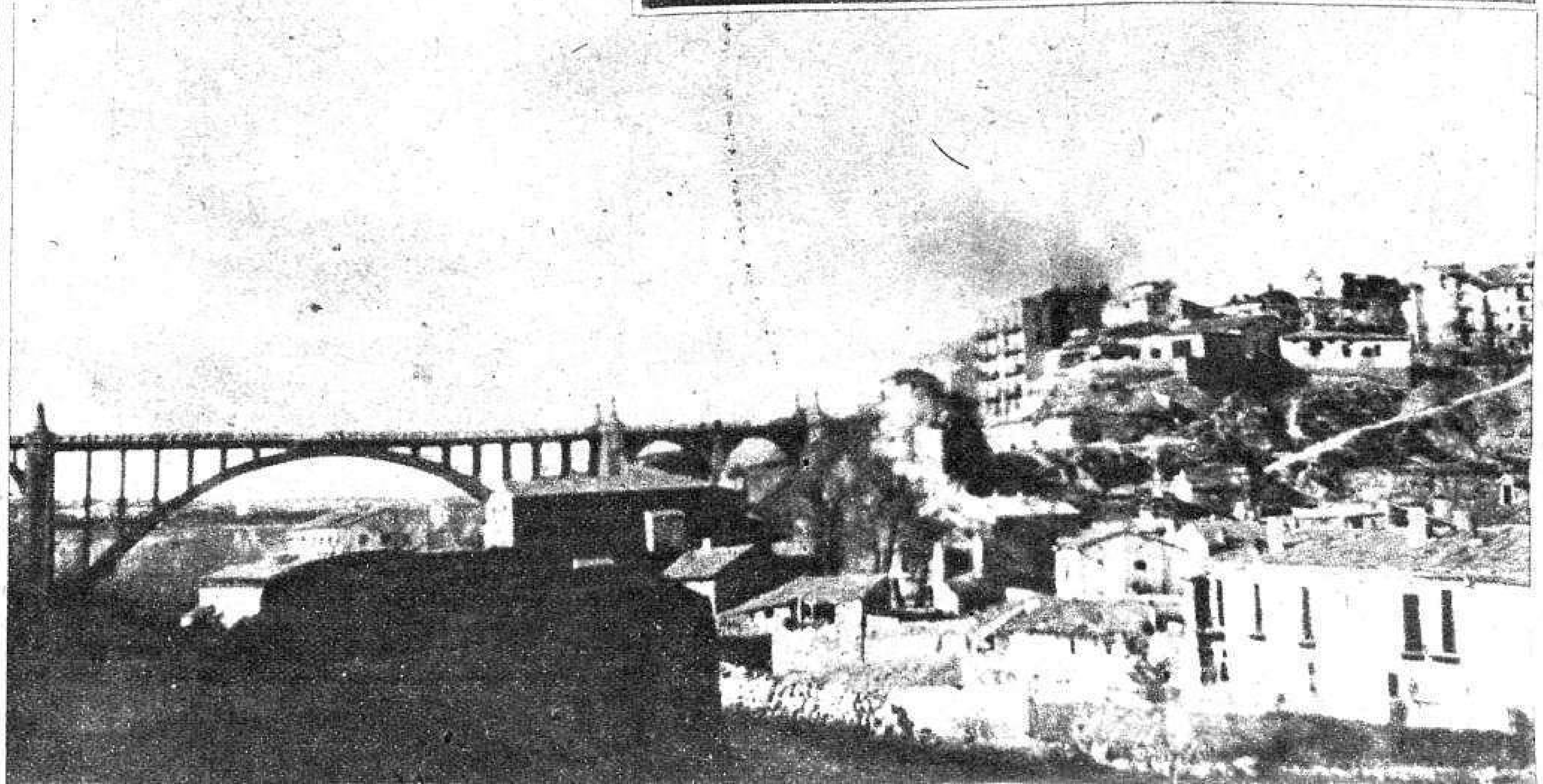
L. F.

Las tropas de la República en Teruel



Arriba: El Seminario, último reducto de la resistencia rebelde, conquistado ya por las fuerzas de la República en las últimas victoriosas jornadas.—En el centro: Las fuerzas en las calles contiguas a la Catedral de Teruel.—Abajo: Una perspectiva parcial de la ciudad, con el famoso Viaducto, desde el que no pudo ser impedido el rápido avance de las tropas de la República

(Fots. Luis Vidal y Díaz Casariego)



HISTORIAS DE NUESTRA GUERRA

XV

GUERRA contra la GUERRA

Al camarada Navarro Ballesteros, cordialmente.

La guerra, que es el más poderoso reactivo espiritual, tiene un formidable poder de contagio. Su violencia terrible no sólo aniquila la materia, sino que, como un revulsivo, opera en las almas; es capaz de producir la «tempestad dentro del cráneo», de que habla Hugo; la revolución más honda y fecunda, que es la que tiene por protagonista a la conciencia.

Espíritus que vivieron abroquelados en un estático egoísmo sensual, o en un eclecticismo comodón y tímido, ante el hecho brutal de la guerra reaccionan violentamente, y no es raro que de esa masa amorfa, indiferente y como muerta en la paz, broten luego las figuras de más patética rebeldía, los gestos de más luminoso heroísmo.

* * *

Ved a este hombre que ya dobló con mucho la cumbre de la vida. En tiempos normales, durante años, fué un arquetipo de solitario. Tenía un oficio paciente y sedentario: grabador en un taller de orfebrería. Sus ojos perdieron su juventud miniando cifras en sortijas conmemorativas, componiendo enlaces complicados de iniciales, burilando leyendas en metal precioso, rubricando de elegantes arabescos planchas y vitelas. Artesano y artista, amaba el silencio íntimo, los viejos grabados en madera, las historiadas capitulares de los libros próceres.

Huraño, tímido, concentrado en su soledad, aborrecía su alma toda violencia, todo ruido. Vivía célibe, porque también temía al dolor inevitable, a la responsabilidad, al poso de amargura, a las necesidades materiales del amor.

Y era, a su manera solitaria, un hombre bueno, de carácter dulce, incapaz ni de imaginar el mal. Su único tema sentimental, ya en la madurez viril, era el amor a los pájaros. Le conocían los gorriones del Prado, los pitirrojos y jilgueros de la rosaleda del Retiro, las palomas de Correos y de la Plaza de Oriente.

Su gran placer en días de holganza era sentarse, bajo la caricia del sol, en un jardín, hacer con su silbido el reclamo lírico de oferta que los pájaros entienden, y sembrar el suelo de migajas de pan para sentirse en seguida envuelto en un enjambre de alas trémulas, en una sifonía de piadas impacientes.

El amor que su timidez y un fondo de egoísmo le habían impedido poner en la hembra, en el hogar y en los hijos, se le desbordaba en ternura por los animales. Como el pobrecito de Asís, él hubiera dialogado con el «hermano lobo». Para los animalejos, pájaros bohemios, perros del arroyo, gatos famélicos de los arrabales, gastaba cuanto podía. Más que en sí mismo. Porque él era casto, abstemio, sobrio en todo. Vegetariano rígido, porque le repugnaba todo lo que significara sacrificio sangriento.

Estalló la guerra. Se cerró el taller del orfebre. El solitario vivió de sus ahorros; no faltaba el pan para los pájaros, ni la comida para sus bestezuelas domésticas. El no se «había enterado» de la guerra. De la gran hoguera de violencia, de odio, de rebeldía en que se estremecía España no le llegaban los resplandores. La lucha, el ruido, la sangre no eran para él.

Y he aquí a este hombre, a los diez y ocho meses de guerra. ¿Quién conoce al artífice sedentario, al amoroso franciscano solitario, tímido y pacífico? Hoy, el paso recio de sus altas botas ferradas espantaría a las palomas de Correos y a los gorriones de la Rosaleda.

El antiguo grabador es oficial del Ejército; manda en una brigada de choque, cien veces cubierta de gloria en los frentes, una Sección de ametralladoras.

¿Qué ha sucedido? ¿Qué tremenda convulsión espiritual ha convertido en hombre de guerra a este solitario misántropo? Su ficha militar es un mosaico de fechas culminantes de lucha: miliciano voluntario en Octubre del 36; herido en Noviembre defendiendo el Parque del Oeste, asciende a sargento; dos meses después, en Usera, otra herida y otro ascenso; en Brihuega le hacen capitán, y luego está en Brunete y en Belchite, y ahora, en Teruel. Una nueva herida, leve, y unos días de permiso para convalecer en Madrid. ¿Qué ha pasado en el alma de este hombre? El lo dice, lacónico y grave:

—No lo sé. Todo y nada. Un día del mes de Octubre aun era yo «el hombre que fuí siempre». A buscar comida para mis animalejos fuí a un barrio extremo de la ciudad. Coincidió mi salida del *Metro* con un vuelo de la aviación facciosa sobre el arrabal. Yo no le daba importancia a esto que era la guerra, una cosa maldita y triste que «no iba» conmigo. Me detuvo la multitud, agrupada ante una pobre casa, que ardía destrozada por las bombas. De entre los escombros salían mujeres ensangrentadas, enloquecidas de horror. Vi sacar los cuerpecitos destrozados de tres niños. A uno de ellos, el brazo derecho le colgaba como un pingajo, casi arrancado por la metralla. No sé qué pasó por mí. No lo sé. Como enloquecido, pregunté a todo el mundo y me pregunté a mí mismo: «Pero esto, ¿por qué? ¿Para qué?» Nadie me contestó. Alguien, sin embargo, me dijo: «¡Es la guerra!» No lo entendí. ¿«Aquello» era la guerra? Pues contra «aquello» había que ir, que luchar hasta la muerte. Al día siguiente me enrolé como miliciano. Yo no había tenido jamás un arma en las manos. Una semana después, cierta tarde, me dolía el hombro derecho de tanto disparar el mosquetón.

Y él solitario de ayer, pacifista y sedentario, que tenía horror al ruido y a la sangre, me cuenta entusiasmado que la hora de mejor emoción de su vida fué ahora, en Teruel. Sobrevino un contrataque fascista sobre la posición que él defendía. Los soldados del pueblo sostuvieron el bombardeo, cada cual en su puesto. Vino la Infantería, luegó, como un alud. En la trinchera republicana no se disparaba un solo tiro. Pero cuando el enemigo, creyendo en la presa fácil, llegó a cien metros de nuestros parapetos, se dió la orden de fuego.

—Y los soldados facciosos—me dice, emocionado, el hombre que amaba a los pájaros—caían, barridos por las balas, como espigas en un campo de trigo segadas por una hoz vertiginosa.

«Tempestad en un cráneo». Revolución en las almas. Esta cosa terrible es la guerra. Y no tiene más que un remedio, porque el veneno lleva en sí mismo el antídoto: hacer la guerra contra la guerra que nos hacen. Y como nos la hacen.

JUAN FERRAGUT

Con motivo del regreso a Madrid de la Delegación que fué a Rusia para asistir a la celebración del XX Aniversario de la U. R. S. S., se celebró un banquete en uno de los hoteles de nuestra ciudad. He aquí los comensales, entre los que se ve a Bibiano F. Osorio-Tafall, que asistió a las citadas fiestas en representación de la Agrupación Profesional de Periodistas (Fot. Videa)

SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15 — **CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS**

El Libro Infantil instruye, distrae y entretiene. Veinticinco céntimos en librerías.

● Lea usted los domingos CRÓNICA ●

TAQUIGRAFIA, por Martín Eztala. Redactada forma que hace innecesario profesor. Sexta edición, 6,50. Provincias, 7 pesetas. Librería Moya. Carretas, 37. Madrid.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

APOPLEJIA -PARALISIS-

Angina de pecho, Vejez prematura y demas enfermedades originadas por la **Arterioesclerosis** e **Hipertensión**

Se curan de un modo perfecto y radical y **se evitan** por completo **tomando**

RUOL

Los síntomas precursores de estas enfermedades: ***dolores de cabeza, rampa o calambres, zumbidos de oidos, falta de tacto, hormigueos, vahidos (desmayos), modorra, ganas frecuentes de dormir, pérdida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, hemorragias, varices, dolores en la espalda, debilidad***, etc., desaparecen con rapidez usando **Ruol**. Es recomendado por eminencias médicas de varios países, *suprime el peligro de ser víctima de una muerte repentina*; no perjudica nunca por prolongado que sea su uso; sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, continuando la mejoría hasta el total restablecimiento y lográndose con el mismo una existencia larga con una salud envidiable.

VENTA: Madrid, **F. Gayoso**, Arenal, 2. Barcelona, **Segalá**, Rbla. Flores, 14, y principales farmacias de España, Portugal y América

CAPITOL

GRAN EXITO de la película española

Aurora de esperanza

con Félix de Pomés
y Enriqueta Soler

Un acabado estudio de psicología de las muchedumbres

AVENIDA

2.ª SEMANA de la grandiosa producción

BAJO DOS BANDERAS

con CLAUDETTE COLBERT y RONALD COLMAN

Un film extraordinario

Palacio de la Música

5.ª semana de grandioso éxito del film de las carcajadas

UN PAR DE GITANOS

Insuperable creación de los ases de la gracia

Stan Laurel y **Oliver Hardy**

RIALTO

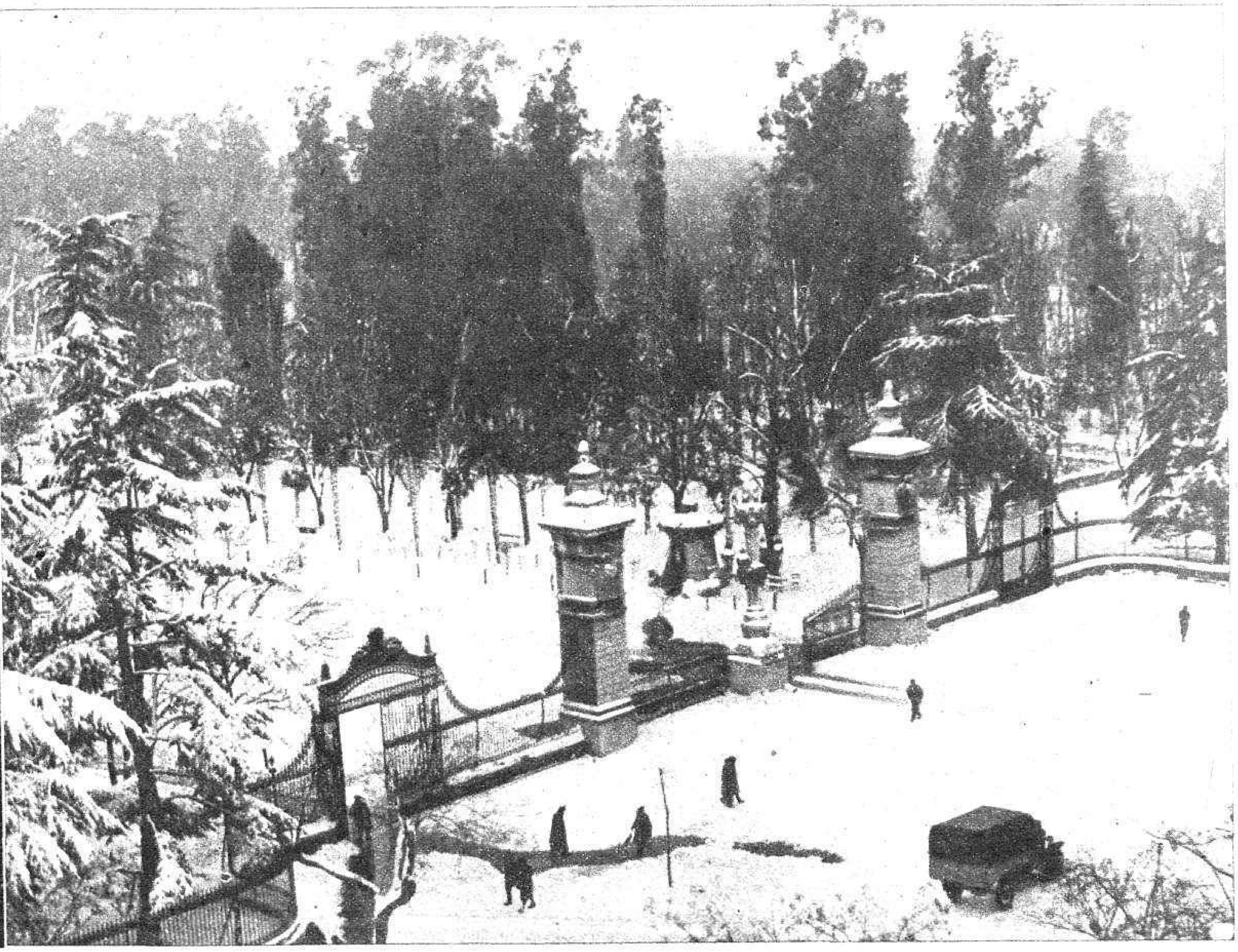
EXITO GRANDIOSO
del emocionante film

Compás de espera

con Richard Barthelmes,
J. Morrison y G. Michael

Espectáculos

Madrid bajo la nevada de primero de año



1938 ha empezado para Madrid al modo clásico: con sus calles, sus jardines y sus torres absolutamente cubiertas de nieve, como en una antañona estampa de cuento de invierno. Hacía años que en nuestra ciudad no había una nevada de la intensidad de esta de primero de año He aquí algunas perspectivas y algunas escenas del Madrid de estos días bajo la nieve

(Fots. Videa)

Talleres de
PRENSA GRAFICA
(S. A.)
Hermosilla, 73
(Printed in Spain)